



SERGIUSZ PIASECKI
autor de "Nadie se salva"

UN MUNDO DESCONOCIDO

Fruto de la experiencia personal del autor, quien durante años convivió en la cárcel con ladrones de toda clase, esta novela no se limita a narrar las extraordinarias vidas de los personajes, delincuentes de la ciudad rusa de Minsk, sino que, al ahondar en su psicología, revela en toda su amplitud la especial estructura de *Un mundo desconocido*, cuyas singulares características nos producen sorpresa, tristeza y, en ocasiones, admiración.

I

JAN SE PONE LA TOGA DE CRÍTICO LITERARIO

El suburbio de la Komarovka está envuelto en la oscuridad. La lluvia continúa azotando el aire. Lejos, quién sabe dónde, se oye el cansado ladrido de un perro. ¿Ladra sin ninguna razón, para aburrirse menos, para ejercitar su voz, o para darse ánimo?

Por el estrecho callejón de Bondarevski avanza Isaj tambaleándose. Da con la cabeza en los faroles, traza extraños jeroglíficos en el fango, hace reverencias a todas las empalizadas. ¡Toda la calle es suya! Calza un par de botas rígidas, de húsar. La gorra, con la visera barnizada, la lleva echada hacia atrás con aire achulado, y de debajo de ella surge un mechón de cabellos. Lleva la chaqueta desabrochada y sus manos, cerradas, las mantiene dentro de los bolsillos. La bufanda flota tras él como una bandera. A la legua se ve que Isaj está tan borracho como una cuba.

Isaj no es ladrón ni rufián, si bien ha recorrido diversos caminos en el curso de su vida. Es más bien un embaucador, uno que engaña a los campesinos los días de mercado en la plaza de la Trinidad. Aunque quizá no sea un embaucador, sino un simple payaso. Ha cogido una borrachera. Se ha arrimado a ciertos muchachos que acababan de dar un golpe afortunado y ha bebido algunas copas a la salud de ellos, esto es, sin costarle un céntimo. Ahora pasa por el callejón, y en cuanto ve que alguien viene en sentido contrario, traza los más complicados zigzags. Procura por todos los medios esquivar el cuerpo, pues no quiere que nadie le corte el paso.

El callejón de Bondarevski es estrechísimo, tortuoso, y está lleno de barro. Las casuchas de madera que lo flanquean parecen encogidas por efecto del miedo. Se han acurrucado y han entornado los ojos. Sólo de cuando en cuando, a través de las rendijas de las puertas y ventanas, se filtran pequeños rayos de luz amarillenta que son absorbidos por la noche, negra como la pez. Es la calle más distante, la última del barrio de la Komarovka, uno de los más alejados suburbios de Minsk, y es la última también por la escasa seguridad que ofrece, debido a su situación. Los «mirlos» no pasan por ella de buena gana ni siquiera de día, y, si no les queda otro remedio, la recorren armados, en grupos más o menos numerosos. De allí parten en todas direcciones no las huellas de las fieras, sino las de los cazadores; las huellas de los que con el «pie de cabra» abren candados y cerraduras, de los que con la ganzúa penetran en los lugares más recónditos y secretos... Sus habitantes ejercen el oficio de la caza en una selva insólita, una selva poblada por animales que se sostienen sobre los pierns, amaestradas e infalibles. Y allí regresan los cazadores con su presa. A veces vuelven después de mucho tiempo, y a veces no regresan jamás. Allí viven, se divierten, sufren y aman. Pero no mueren nunca. Quizá se avergüencen de la muerte. Tampoco las fieras mueren nunca junto a su cubil, en primer lugar, porque no tienen ocasión de esperar el fin natural de sus vidas, un fin que les parecería vulgar e indigno de ellas.

Isaj desapareció en la oscuridad, allá abajo, detrás del último farol de petróleo, que con su escuálida y triste claridad subraya aún más la oscuridad.

De la calle Slepianska desemboca Fisko, también borracho perdido. Ha robado de un carro un saco de avellanas y se lo ha vendido a Laia, su fiel compradora. Ahora el ladronzuelo se dirige directamente a su cueva, y mientras camina habla, gesticula y ríe ante un imaginario interlocutor. Fisko es de carácter por demás alegre. De buena gana abrazaría estrechamente a todos los ladrones y les ofrecería

de beber. ¡Así se darían cuenta de qué tipo de señorón es él! Mientras irrumpe dando un acrobático salto en el callejón Bondarevski, el espacio de la tierra que le es más familiar, se quita la gorra y agitándola, entona:

*Si vives con un ladrón,
de oro y de gemas brillarás como el sol.
¡Quiero a un ladrón, mamá!
¡Ay, ay, ay!*

Esta canción provocó un violento altercado en el tugurio vecino. Habitaba allí desde hacía dos años una pareja muy bien compenetrada. Cada vez que uno de ellos abría el pico, sobrevenía un altercado. Sólo así había podido durar tanto tiempo su convivencia. De otro modo el aburrimiento los hubiera separado al cabo de un mes. Se trataba del ratero Pietka, llamado *el Toro*, y de la carterista Kaska *Tromba de Oro*. Pietka estaba bostezando de aburrimiento cuando oyó el ronco canto del borracho y dijo con indiferencia:

—Fisko está contento. Hoy tiene dinero en el bolsillo.

—¡Sí! Debe tener un saco —repuso Kaska sarcástica—. Todo lo más habrá quitado la comida a un caballo.

Se tiró de la combinación, observando al mismo tiempo el tacón del zapato izquierdo, movimiento que por un instante atrajo la atención de Pietka.

—¡Fisko es una persona que sabe dónde le aprieta el zapato! —exclamó de pronto Pietka dando un puñetazo sobre la mesa.

—¡Sí, sí! ¡No hay duda! —exclamó Kaska en el mismo tono de antes—. Es un ladrón como tú, bueno para ir derecho al estercolero.

Y lo miró de reojo, esperando que se encolerizase. No esperó en vano. Pietka se puso lívido, inclinó la cabeza —a este movimiento habitual debía el sobrenombre de *Toro*— y mugió:

—¿Qué dices?

—¡He dicho es-ter-co-le-ro! —repitió impertérrita Kaska, haciendo un gesto despreciativo y apoyando los puños en sus caderas con ademán de descaro.

Al mismo tiempo miró alrededor, buscando un objeto adecuado a la lucha. «Emplearé las tenazas del fuego», se dijo.

Pietka *el Toro* no era un ejemplar común de la raza humana. Imaginaos un rostro de color violáceo, como si hubiera sido frotado con un ladrillo, la nariz deformada, larga como un pepino maduro y azulada como una ciruela. Las orejas le caían bajo las sienes, y los ojos pequeños como pepitas, brillaban en medio de un espacio legañoso y amarillento, en el que no se veían cejas ni pestañas. Era sorprendente que Kaska no le hubiera plantado ya. En realidad, tampoco ella tenía nada de extraordinario, salvo su hermosa y robusta figura. Sus piernas eran gruesas y tenía las caderas en proporción. Por lo demás, era una buena ama de casa y sabía cocinar. Más de un compañero envidiaba a *Toro* y hacía los imposibles por verla. Muchos se la hubieran querido llevar consigo, pero ella no les hacía caso alguno. Había descubierto un no sé qué en su amante y se había pegado a él como la hiedra al tronco.

Ante la insolencia de la mujer, Pietka bajo aun más la cabeza y exclamó:

—Tienes ganas de que te zumbe, ¿eh? ¡Mucho ojo!

—¡Oh, no creas que me das miedo, «mirlo», que no eres otra cosa que un «mirlo»! —replicó Kaska moviendo las caderas y alzando el mentón con gesto de desafío.

—¡Te repito que mucho ojo! ¡Se muy bien cómo se te cierra el pico!

—¿Que sabes cómo se me cierra el pico? ¡Vaya un héroe! Eres como el viejo Abramo, que desde detrás de una ventana gritaba a un bastardo rubio que había en el patio. ¡Cerrarme a mí el pico! ¡Y un cuerno!

—¡Te aseguro que te lo cerraré! —gritó *el Toro* cada vez más encolerizado y pálido.

—¿Sabes cuándo me lo cerrarás? ¡Cuando el pez cante, cuando el cangrejo corra y cuando la vaca vuele! ¡Vaya con el hombre, que no le gusta que le critiquen! ¡Cree que es perfecto como un ángel! ¡Darme miedo a mí un hombre que hace poco miraba aún el trasero a las gallinas!

Este último improperio al antiguo oficio del *Toro*, que, como recupero, iba de pueblo en pueblo examinando la mercancía antes de comprarla. Ahora se sentía profundamente avergonzado de ello y no toleraba que nadie le echase en cara su pasado de «mirlo». Dejó de dominarse, abrió los ojos de par en par y se levantó lentamente de la silla. No acertaba a hablar y jadeaba con fuerza.

—¡Oh, qué miedo! ¡Me tiemblan las piernas sólo de verte! —gritó con expresión de burla Kaska, cada vez más agresiva.

Pietka dio un paso hacia adelante, agitando los dedos como si se los hubiera quemado. También Kaska, con un aire provocador y burlesco avanzó hacia él.

—¡Me haces reír! ¡Me haces reír! ¡Un ladrón tú! ¡Ja, ja, ja, ja!

—¡Lo soy! —rugió *el Toro*.

—¡Un ladrón que anda descalzo y que no es capaz de regalar ni qué...! Un ladrón que corre por los tejados para coger pichones... Un espantapájaros de gallinero que no sabe robar otra cosa que gallinas... ¡Lelo! ¡Estúpido!

Dieron un paso más el uno hacia el otro. *El Toro* estaba cada vez más pálido y su expresión era torva. Jadeaba, siéndole imposible articular una sola palabra. Por el contrario, Kaska parecía arder: tan arrebolado tenía el rostro. Atacaba a su amante cada vez con mayor ímpetu y el altercado hubiera acabado con una rotura general de platos y de vajilla —en casos semejantes eran la casa y los objetos que había en ella los que sufrían el mayor daño— si alguien, en el

momento oportuno, cuando las frentes de los contendientes casi se tocaban ya, no hubiera llamado a la puerta.

Era Catalina Sperda, el ama de la casa, que llegaba para pedirle a Kaska que le prestase un lebrillo. Kaska se dirigió a abrir la puerta y *el Toro* volvió a su sitio, dejándose caer pesadamente en la silla y secándose con el dorso de la mano el sudor que le cubría la frente.

Mientras tanto, el responsable del conflicto, o sea Fisko, proseguía su camino a lo largo del callejón Bondarevski, chapoteando en el fango con su paso desigual. En cierto momento, un vientecillo revoltoso le salió osadamente al encuentro, hinchándole la americana como si se tratase de una vela y frenándole los movimientos. Fisko, pronto a resistir el asalto, se inclinó hacia adelante. Quería quebrantar aquella resistencia inopinada, pero el viento, astutamente, se alejó de pronto, y Fisko, perdiendo el equilibrio, dio media vuelta sobre sí mismo, cayendo sentado en un profundo charco que reventó en salpicaduras.

El ladrón, calmado tan de súbito su espíritu guerrero, suspiró, aunque inmediatamente dejó escapar una carcajada. Resultaba muy cómodo estar sentado allí, en el barro, pues el vodka que tenía en el cuerpo le impedía sentir el frío del agua, que le calaba los pantalones. Hubiera permanecido mucho tiempo sin moverse, pero el vientecillo volvió, quizá para ver con qué podía entretenerse, y le arrancó la gorra. ¡Ah! ¡Maldito viento! La gorra navegaba viento en popa por encima de un negro charco, y esto ya no lo podía tolerar Fisko. Lanzó una blasfemia e intentó levantarse de aquel baño de fango. Al fin logró su propósito, pudo coger la gorra e, inmóvil en medio del charco, con las ropas chorreando, prosiguió la canción interrumpida poco antes:

*A casa del comprador van los ladrones.
Tras de robar a los «mirlos», ríen burlones.
¡Quiero a un ladrón, mamá!*

¡Ay, ay, ay!

Jan interrumpió la lectura del manuscrito y encendió un cigarrillo.

—Bien. ¿Qué me dices? —le preguntó *el Burgués*, que, considerando al joven como al más inteligente de todos los ladrones que trataba, le había dado a leer el primer capítulo de una novela que estaba escribiendo sobre la vida de los delincuentes.

—No me gusta en absoluto —respondió Jan con franqueza.

—¿Qué es lo que no te gusta?

—Todo, empezando por el título... «En la niebla». ¿Qué título es éste para una novela?

—He pensado mucho en él —repuso *el Burgués*—, y lo he elegido precisamente porque me parece el más apropiado. Se me han ocurrido otros más bonitos y más sugestivos... pero he acabado por descartarlos... Yo, ¿comprendes?, trato de describir un mundo desconocido por completo, un mundo sobre el cual se cuentan una serie de mentiras. Un hombre de los considerados normales conoce nuestra vida tanto como la de los caníbales, o quizá menos todavía... Ni siquiera los hombres de leyes nos comprenden. Por eso somos, para todos los demás hombres, personas envueltas en niebla, que conocen tanto menos cuanto más son los amarillentos libros que devoran. Ese género de literatura, ¿sabes?, confunde completamente sus ideas con respecto a nosotros.

—Pero... ¿con qué fin escribes?

—Quiero que se sepa la verdad sobre unos seres humanos a propósito de los cuales se han dicho los mayores embustes.

—¿Y qué importancia tiene esa verdad para ti o para los demás?

—¡Tiene una enorme importancia para mí y para los que están catalogados como delincuentes! Importa que los hombres dotados de corazón y de sentido de la justicia se percaten de que también nosotros somos seres humanos, seres empujados a esta vida no por la maldad, sino por el sufrimiento. Escribo también para los afortunados que nos sucedan, cuando la civilización haya salido triunfante de la batalla, pues ellos podrán extraer de mi relato la verdad sobre uno de los aspectos más desconocidos de la sociedad humana. Quiero ayudar a los que desean profundizar en el conocimiento del hombre... Quiero gritar a los cuatro vientos que los considerados, delincuentes son solamente seres infortunados, y que todos los ciudadanos deben ser considerados responsables de sus delitos por no haber sabido preservarlos de su tremendo destino. Eso es lo que quiero escribir. Contaré todo lo que se oculta sobre los que han sido arrojados en este lado. Yo mismo me siento culpable respecto de ellos, pues he vivido mucho tiempo sin comprender su situación. La indiferencia y la intransigencia con ellos es realmente delictiva, cruel y vil... No puedo pensar, sin sentir desprecio hacia mí mismo, en el día en que tuve que actuar de jurado como sustituto. El procesado era un joven que había matado a su padre de un golpe de hoz, pero que inmediatamente corrió a presentarse a la policía. No conseguían sacarle del cuerpo ninguna palabra sensata. Afirmaba que cuando alzó el brazo parricida lo hizo instigado por el Maligno. No hacía otra cosa que lamentarse y sollozar. Tampoco se pudo sacar mucho en claro de lo que dijeron los testigos. El abogado defensor, lanzando miradas a las bellas señoras que llenaban la sala, pronunció una brillante arenga, y nosotros todos, por unanimidad sentenciamos: cadena perpetua. Después de esto el muchacho fue conducido al penal. En suma, le borramos de la faz de la tierra, destruimos su vida para siempre.

El Burgués inclinó la cabeza. Luego continuó:

—De cuando en cuando pienso en aquel proceso y en los detalles que salieron a la luz. El padre del asesino regresaba a menudo a casa borracho y pegaba a su mujer y a sus hijos. Los testigos declararon que al viejo le gustaba enseñar a sus deudos «a vivir». El mayor de los hijos, el asesino, era, por el contrario, un muchacho serio, trabajador y no bebía jamás... Sí... muchos detalles han acudido a mi memoria, y poco a poco se ha ido formando en mí una visión completamente distinta de aquel delito. El padre tirano, déspota, borracho, maltrataba a la familia, y el hijo, encariñado con la madre y con los hermanos menores, asumía su defensa. Hasta que un día, exasperado ante tanta injusticia, perdió el dominio de sí mismo, cogió la hoz y dio un golpe... La hoz cortó una situación que se había convertido en intolerable. ¿Quién era el culpable? ¡Ésta es una pregunta a la que debía darse una respuesta! ¿Quién de los dos es el verdadero responsable de la tragedia? ¿El asesino o el asesinado? Yo creo que este último. ¿Y quién juzgará a esos hombres bien alimentados, instruidos, que se divierten reconstruyendo con todo detalle tragedias parecidas, y a las que añaden inconscientemente otro acto, el último? ¿A qué infierno condenamos nosotros a aquel joven? Le encerramos para siempre en una cárcel y luego nos alejamos de allí tranquilos, satisfechos de nosotros mismos, con la conciencia de que habíamos cumplido nuestro deber. Pero ¿habíamos intentado penetrar en lo más íntimo de aquella desventura? ¡Asqueroso mundo! En aquel momento no acudieron a la imaginación de ninguno de nosotros las palabras de Cristo: «No juzguéis y no seréis juzgados».

El Burgués guardó silencio. Se echaba de ver que había tocado un tema candente para él y que el hablar le hacía sufrir. Dobló el manuscrito y se lo guardó en el bolsillo del abrigo, deteriorado y sucio. Incluso Jan sentía la opresión de la atmósfera que las palabras de *el Burgués* habían producido. Tras de un largo silencio, dijo:

—Nadie querrá publicarte el libro si metes esas ideas en él. Dirán que adoptas la posición de un defensor de la delincuencia.

El Burgués enrojeció y dio agudos signos de nerviosismo.

—Sí, puede ocurrir como dices. ¡Los hombres son tan viles y mezquinos! Mas yo continuaré siendo un portavoz de la justicia. Hay un fardo que me pesa demasiado sobre el corazón; he vivido demasiado tiempo gozando de una completa seguridad y comodidad, indiferente a todo, mientras los demás sentían hambre y tenían que robar aquello que les pertenecía por derecho propio. Nadie me ha enseñado tantas cosas sobre la vida como los ladrones. Recuerdo que un detenido, en Orel, me dijo ingenuamente: «¿Cómo te las has arreglado para vivir siempre honradamente y sin que te hayan metido antes en la cárcel?» Le llenaba de estupefacción ver que a la edad de cincuenta y tres años me encontraba entre rejas por primera vez, y esto por razones políticas.

Sonrió y encendió un cigarrillo.

—Aún me acuerdo de cuando, siendo aún estudiante, me sentaba en la ventana y contemplaba a los presos que en el patio de la cárcel cortaban la leña. Cierta día, una señora bien vestida y de agradable aspecto pasó por allí. Al pronto no se dio cuenta de la presencia de aquella gente, pero más tarde se detuvo, sacó de su bolso una moneda y acercándose a uno de los presidiarios, dijo solemnemente: «¡Tome, en nombre de Cristo!». El individuo a quien tendía la moneda en vez de alargar la mano miró a la mujer con expresión torva y luego repuso con voz ronca y acento cruel: «¡No se enjuague demasiado la boca con el nombre de Cristo, señora! Vino a salvarnos de la gente que ofrece cinco sueldos, se da aire de ofrecer cincuenta y roba cincuenta mil. Y esos cinco sueldos los da porque desea obtener la ayuda de Dios para algún asunto provechoso, o para comprarse a buen precio un pasaporte para el Paraíso. Pero

no es fácil engatusar al Padre Eterno. ¡Farisea! ¡Estafadora! ¡No estoy dispuesto a servirle a usted de escalón para alcanzar el cielo!». Recuerdo lo que la escena me indignó entonces. ¡Qué insolencia! Tipos como aquél debían ser ahorcados. El guardián arremetió contra el preso, y la dama, indignada, declaró que le denunciaría inmediatamente por ultrajes. De este modo fue acogida una verdad, expresada de un modo inequívoco, aunque torpe. ¡Cómo me gustaría ahora encontrarme con aquel hombre! Me abrió más los ojos sobre la vida, en aquel encuentro fortuito, que todos los amigos y conocidos que tenía entonces.

Esta conversación se efectuaba en casa de Ignacio Kulik, en el suburbio de la Baja Lakovka. *El Burgués* había llevado varios objetos comprados por encargo de Ignacio. Los muchachos se preparaban para dar un «golpe» organizado con un criterio completamente nuevo.

Jan, que tras de los últimos y afortunados negocios disponía de un pequeño capital, trató de dar a *el Burgués* quinientos rublos a cambio de las molestias que se había tomado.

—Es demasiado —protestó *el Burgués*—. ¿Qué quieres que haga yo con todo este dinero? Siempre encuentro el modo de arreglármelas para no tener que apretarme el cinturón.

Y se dirigió hacia el tugurio de Cipa, donde le esperaba Felipe *el Calvo*. Había llegado a convertirse en un miembro indispensable de la pandilla que frecuentaba aquella cueva. Los ladrones estaban habituados a verle entre ellos y le querían. Había conseguido ganarse su confianza, y el hombre se multiplicaba para ayudarlos en todo lo que necesitaban; escribía, leía, hacía encargos y algunas veces llevaba las herramientas del oficio. Pero jamás era invitado a tomar parte directa en sus trabajos. Los muchachos comprendían perfectamente que para él hubiera resultado muy desagradable y penoso hacerlo.

En la habitación contigua, Milena, la hermana de Ignacio, cantaba a más y mejor.

*Mirando a la calle por la ventana,
veo pasar a los ladrones con nostalgia.
Llevan trajes decentes y planchados,
y zapatos nuevos y bien lustrados.
¡Ay, firulí, firulá!
¡Y zapatos nuevos y bien lustrados!*

Milena era muy guapa y apenas tenía diecisiete años.
Milena siguió cantando:

*Cuando miro sus manos me parecen dos joyas.
¡Tan llenas están de piedras preciosas!
¡Ay, firulí, firulá!
¡Tan llenas están de piedras preciosas!*

Jan esperó largo tiempo, pero no consiguió ver a Ignacio, que regresó muy tarde a su casa. No había concertado ninguna cita con él; por eso no guardó rencor a su amigo. Dijo a Milena que informase a su hermano de que volvería al día siguiente, por la noche, y se marchó, encaminándose al centro.

Semejantes a dos ríos, desembocan en la Komarovka dos grandes caminos carreteros; el de Borisov y el de Logojk. Ambos se encuentran en el comienzo de la calle Zakarjevskaja, que corta la ciudad por el centro, de un extremo al otro.

La Komarovka es un verdadero paraíso para los ladrones de carros. Esta especialidad es como la escuela elemental del mundo del hampa; es la clase de hurto más fácil, para

el cual no se requiere práctica especial ni habilidad fuera de lo común. También los niños, si se dedicaran a ello, serían capaces de realizarlo. Pero muchos ladrones no hacen otra cosa durante toda su vida, y cuando llegan a viejos suelen servirse de muchachos como ayudantes.

Estos tipos de rateros hurtan todo lo que pueden de los carros que pasan por los caminos. No establecen jamás planes previos, sino que actúan según el momento y la ocasión, de día o de noche, en los carros que vienen a la ciudad o en los que se van. Se apoderan de las cosas que se encuentran en los carros no vigilados, cortan las cuerdas que sujetan los baúles en la parte trasera de los vehículos, se meten en las posadas y en los mesones que se encuentran a lo largo de los caminos y, aprovechándose de la distracción o de la embriaguez de los campesinos, cargan con todo lo que se les pone a mano. No desdeñan ni siquiera los arreos de los caballos, dándose casos en que también desaparecen el caballo y el carro. Los días preferidos por los «arañacarros» son los días de mercado, que para ellos representan lo que los días de siega para los campesinos.

Los días de mercado, los «arañacarros» salen de la ciudad, alejándose a veces mucho de ella, y esperan con la mayor paciencia. Ocurre con frecuencia que el campesino ha salido de su casa muy de madrugada y le entra sueño por el camino. Cuando se despierta, se encuentra con que lo que llevaba al mercado ha desaparecido. Entonces tiene que santiguarse y volverse tranquilamente a su casa. Pero lo más frecuente es que los robos se cometan cuando el carro entra en la ciudad. Entonces resulta fácil distraer la atención de la víctima mientras un cómplice se apodera de algunas de las cosas que lleva el vehículo.

Cierto campesino, a quien habían robado varias veces de diversas formas, acababa de vender un caballo en el mercado y regresaba a su casa. Resuelto a no dejarse despojar también esta vez, metió el dinero en el pañuelo y se sentó encima, decidido a no levantarse hasta que no estu-